

JOAQUIN V. GONZALEZ EN LA CULTURA DE SANTA FE

El 6 de marzo se cumplió el centenario del nacimiento de Joaquín V. González. Con este motivo se han llevado a cabo en todo el país actos de homenaje a su memoria esclarecida. Las Universidades destacaron sus más altas representaciones en las solemnes ceremonias realizadas en Samay Huasi para honrar al escritor, estadista y educador insigne. También en Santa Fe, la Comisión Popular de Homenaje programó una serie de conferencias dedicadas a exaltar la extraordinaria gravitación del ilustre riojano en el orden educacional y en el perfeccionamiento de las instituciones republicanas de la Nación.

El nombre de Joaquín V. González está estrechamente vinculado al adelanto cultural de la ciudad capital de esta provincia. El decreto de fundación del Colegio Nacional "Simón de Iriondo" lleva su firma como ministro de Justicia e Instrucción Pública del Presidente Quintana. Quienes auspiciaron esta trascendente iniciativa de dotar a la ciudad de un colegio de enseñanza media para que los niños y jóvenes recibieran instrucción adecuada, testimonian el decidido y firme apoyo de este varón preclaro al adelanto de la cultura santafecina. Así también, años más tarde, desde su monitora banca del senado nacional con su gran autoridad de maestro insuperable, en un discurso meduloso y encendido de fe, decidió la creación de la Universidad Nacional del Litoral, al conquistar el voto afirmativo de una mayoría que por muy diversas y extrañas razones se mostraba reacia a la creación de nuevas casas de altos estudios.

En 1915, durante el gobierno del Dr. Manuel J. Menchaca, el presidente y fundador de la Universidad de La Plata, Dr. Joaquín V. González, integró con el Dr. Rodolfo Rivarola la calificada delegación oficial presidida por el entonces ministro de Instrucción Pública, Dr. Tomás R. Cullen, que vino a esta ciudad para asistir a la colocación de piedras fundamentales donde se levantarían los edificios de la Universidad Provincial, el Colegio Nacional y la Escuela Belgrano. La piedra que fuera colocada en el solar de las calles Saavedra y Moreno, años después en otra ceremonia de la misma índole, en la que actuó el ex primer rector Dr. Pedro E. Martínez, fue extraída y depositada en el inmueble donde hoy está la sede de la Universidad Nacional del Litoral, porque con anterioridad el ministro Sagarna había dispuesto que en su lugar primitivo se construyese la Escuela Normal.

La ocasión es, por lo tanto, propicia para evocar la figura egregia de este constructor del espíritu, verdadero arquetipo de la argentinidad, por su labor prodigiosa, por su obra múltiple de escritor y tratadista, de maestro del derecho y de hombre de estado; por su amor entrañable a la patria evidenciado en los desvelos de una vigilia laboriosa y fecunda, cuyas realizaciones lo colocan a la par de los más ilustres argentinos, en la huella civilizadora de los grandes sembradores que ha tenido el país, junto a Sarmiento, Alberdi y Mitre.

Los estudiantes deben conocer su vida austera y pura de filósofo, amante de la naturaleza y del arte, y sus obras transidas de sentimientos patrióticos, para inspirarse en el ejemplo alentador de sus potencias creadoras y en el conocimiento profundo de las tradiciones vernáculas, que constituyen el alma de nuestro pueblo y nos singularizan como nación en el concierto de los países civilizados y nos incitan a ser fieles a la responsabilidad de un grandioso destino, obligándonos para con la colectividad y con nosotros mismos en un ininterrumpido afán de superación.

Joaquín V. González, político de ideas orgánicas y hombre de ciencia —humanista en suma— que abarcó en su inago-

table curiosidad y sabiduría los géneros más diversos —la literatura, el ensayo y la historia, los estudios clásicos y el misterio y la transformación de las religiones— si asombra por su múltiple saber, conquista más aún nuestra simpatía por la sensibilidad de artista y la fibra patriótica que hay en todos sus libros, de la más diversa índole. Sus meditaciones históricas, sus agudos y certeros comentarios de la Constitución, sus disertaciones sociológicas sobre nuestra evolución política y social, sus generosos proyectos legislativos y sus dictámenes de internacionalista; sus inquietudes y creaciones pedagógicas; en fin: toda su producción de polígrafo está signada por una emoción de Patria, que aparece en la visión estupenda de su comarca riojana, en “La Tradición Nacional” y en “Mis Montañas”, y se expande serena e incontenible, como una mística confidencia, en el hermoso y melancólico prólogo de los “Cien poemas de Kabir”, que tradujo en una prosa de transparente belleza.

Los jóvenes argentinos deben leer a Joaquín V. González para conocerlo en toda su cálida dimensión humana: en sus trabajos de erudito y de intérprete de la historia nacional, en sus análisis originales y enjundiosos de nuestro desenvolvimiento jurídico y en las expresiones de su alma sensible y poética, como en su amor panteísta, que le infundió el desdén por las vanidades y el dleite de la humildad junto al goce de las cosas perennes.

Por sus vastos y heterogéneos conocimientos y sus inquietudes de universal sabiduría, desde muy joven conquistó el respeto y la admiración de sus contemporáneos en sus sesenta años, vividos con intensidad excepcional; pródigos en obras valiosas y altos ejemplos. Hoy, la posteridad le es deudora de sus enseñanzas y sugerencias creadoras.

La luz indeleble de su genio se manifiesta desde los años tempranos de la adolescencia en la docta Córdoba, donde ejerce el periodismo, dicta cátedra en escuelas secundarias y estudia derecho. Allí publica sus primeros libros de versos y su

famosa tesis sobre la Revolución. Cuando en 1888 publica “La Tradición Nacional”, sus hondas y sentidas reflexiones, no compartidas totalmente por Mitre, provocan sin embargo su más franco elogio, pues le dice: “Es el primer trabajo que en su género se ha hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor y con ilustración”. Y en 1893, al dar a la estampa “Mis Montañas”, Rafael Obligado, el celebrado cantor de Santos Vega, luego de un análisis entusiasta y colorido de los valores literarios de las soberbias descripciones de los cerros andinos y de las costumbres y leyendas nativas, recuerda que Mitre había comparado “La Tradición Nacional” al “Facundo” de Sarmiento. Por “Mis Montañas”, agrega el poeta porteño, debe ser llamado el Echeverría de los Andes, ornando así con su flor del aire los cabellos de “La Cautiva”.

Sin tener la edad constitucional, González es elegido diputado nacional por La Rioja, que más tarde representará repetidas veces en el Congreso. Durante más de un cuarto de siglo no hay ley de importancia para los destinos de la República que no lleve la impronta de su talento esclarecido y de su probada experiencia en las disciplinas jurídicas y sociales.

Fue miembro de las más prestigiosas academias nacionales y extranjeras, cuyos gobiernos le acordaron títulos honoríficos en reconocimiento a sus méritos de escritor y jurisconsulto. La Real Academia Española de la Lengua lo designó miembro correspondiente. También lo fue de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya. En 1910, el Presidente Sáenz Peña lo nombró en su reemplazo para integrar la representación argentina constituida por los Dres. Luis María Drago, Estanislao S. Zeballos y Carlos Rodríguez Larreta, quienes dieron con González justo renombre a la Nación Argentina en memorables conferencias internacionales. Cuando Joaquín V. González muere, el 21 de diciembre de 1923, era senador de la Nación, desde 1907.

En 1934, a iniciativa del senador Alfredo L. Palacios, cuyo proyecto suscriben los senadores que representan a todas

las provincias y a la capital federal —entre ellos los ilustres santafecinos Lisandro de la Torre y Francisco Correa— el Congreso de la Nación encarga a la Universidad de La Plata la edición de las obras completas del eminente escritor argentino, que forman 25 volúmenes.

Fue Joaquín V. González uno de los grandes ministros de Roca y Quintana. Sin duda alguna el individuo más brillante de la generación del 80, época constructiva, por la intensa y proficua acción reformadora de los excepcionales hombres públicos que conducían el país. Su fraternidad americana, sus ideales de paz y de belleza, por obra de la comprensión y la cultura, están presentes en los pactos de Mayo, que sellaron la paz con Chile y que defendió en ambas cámaras del Congreso como ministro de Relaciones Exteriores. La ley Sáenz Peña de 1912, hito trascendental en el avance positivo de la democracia argentina, tiene su innegable precedente en la reforma electoral del ministro González de 1902.

El proyecto del Código Nacional del Trabajo, nacido de las observaciones de las huelgas de 1902, traduce su amplia visión de los conflictos económicos y su búsqueda afanosa por hallar fórmulas de paz social en normas jurídicas de conciliación entre el capital y el trabajo, que se adelantan a la legislación de su época y marcan un rumbo de progreso social. Su proyecto es el himno al trabajo del soñador y estadista que había en el ilustre riojano. Pero, evidentemente, la creación más cara a su espíritu humanista es la fundación de la Universidad de La Plata, en la que puso lo mejor de sus energías, de su entusiasmo y de su inteligencia. Quiso Joaquín V. González una institución que participara a la vez de los institutos clásicos y de las escuelas modernas, abiertas a todas las inquietudes sociales de la vida contemporánea, sin cuyo estudio, atento y desapasionado, no se concibe la labor universitaria de docencia e investigación.

En “El Juicio del Siglo o Cien años de Historia Argentina”, libro de un filósofo de la Historia, analiza con hondura

y franqueza moral los sucesos argentinos de la centuria cumplida en 1910, y llega a la penosa comprobación de que el odio se revela en los más tristes sucesos con los caracteres de una ley histórica. También en las bellas y conmovidas páginas del prefacio a la traducción de Tagore, luego de recordar palabras iluminadoras de Ortega y Gasset, en sus "Meditaciones del Quijote", confiesa: "En la observación de nuestra vida, la tara ancestral del odio se me apareció en toda su horrible desnudez y violencia y, por efecto de contraste, enardeció mi pasión por el estudio, por todo lo que inspira y conduce a la concordia, la benevolencia, la tolerancia entre los hombres, y más si pertenecen a una sola nación. Y lo vengo predicando en todas las formas —vox-clamantis— y posiciones a que la acción pública me ha conducido".

Poco antes, exclama con la obstinada firmeza de un creyente: "Creo en una vida ideal"; y se pregunta: "¿Quién soy yo para llamar a los oídos de nadie? Y el místico de "Samay Huasy" contesta: "Pero un día la montaña nativa habló por mí; yo trasmití el mensaje del alma diáfana de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepuleros, y entonces vi, conocí, sentí, que era místico. Alguien me llamó panteísta, y yo le encontré razón; pero de un panteísmo natural y poético, inmanente en el espíritu saturado de su medio. Nunca pude desprenderme de esas tierras áridas, rocosas y erizadas de arbustos bravíos, así como veladas por montes inmensos, que les guardan promesas íntimas. Soñé volver un día a vivir en ella la vida de mi infancia, para cerrar yo también mi ciclo; y allí estoy cuidando un naranjo, una parra y un rosal, porque son puntos de cita de los pájaros, que me traen la diaria confianza de la tierra donde duermen mis padres, y así estoy en perpetua confesión y unísono con el alma de las cosas".

El mismo González, recordando lo que dijo de las religiones un pensador político del Renacimiento, expresó que el único medio de salvar el alma de una nacionalidad que decae o

se desnaturaliza es volverla a sus orígenes. También nosotros, en momentos de desalentadora incertidumbre y de presagios sombríos, hemos de fortalecernos con la fe inquebrantable en los ideales soñados por nuestros próceres, que forjaron la Patria con trabajo, honradez y sacrificio.

FRANCISCO M. FERRER

Juan de Garay 2847, Santa Fe

